



LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE ERNESTO LACLAU EN EL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO ¿MODERNA O POSMODERNA?

Ernesto Laclau's theoretical perspective in the political analysis of discourse – modern or postmodern?

Sebastián Cruz Barbosa¹ vorstellung@hotmail.com

Recibido: 31 de marzo de 2011 **Aceptado:** 12 de julio de 2011

Resumen: El presente trabajo indaga el posicionamiento teórico de la corriente denominada “Análisis Político del discurso” frente al debate Modernidad – Posmodernidad. En ese sentido, se despliegan las principales aristas del debate de los años 80 para luego pensar la particular inscripción de la perspectiva de Ernesto Laclau en función de mostrar las inflexiones y tensiones que permiten pensar al direccionamiento de su pensamiento hacia un campo intermedio entre lo moderno y lo posmoderno. Intermedio significa en este caso que Laclau tenderá a recuperar el proyecto emancipatorio moderno pero a la vez marcará los límites y riesgos discursivos abogando por la necesidad de una subversión epistémica sin caer en las exacerbaciones del discurso posmoderno.

Palabras Claves: Moderno-Posmoderno - Difference-Differance – Deconstrucción.

Abstract: This paper investigates the theoretical position of the current known as “Political Analysis of Discourse” in regard to the debate Modernity – Postmodernity. To this effect, the main aspects of the debate as it took place during the 80`s are displayed, in order to present then Ernesto Laclau's particular outlook by showing the inflections and tensions that allow us to follow his thinking towards an intermediate area between the modern and the postmodern. Intermediate means in this case that Laclau will tend to

¹ Sociólogo y Politólogo de la Universidad de Buenos Aires, Magister en Política Social y Doctorando en Ciencias Sociales, opción Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Es diplomado en Ciencias Sociales y Psicoanálisis por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Laboratoire de psychanalyse et pratiques sociales- CNRS, Universités de Paris 7 et d' Amiens, París. Se desempeña actualmente como investigador y profesor de Análisis Político y Opinión Pública en la Universidad Nacional de Lanús y de Teoría Política del Discurso, Psicoanálisis y Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires. Es becario del Programa UBACyT e investigador Categorizado en el Programa de Incentivos a Docentes Investigadores. Secretaría de Política Universitaria. Ministerio de Educación de la Nación. Director del Departamento de Comunicación Política de la Fundación Ciudad Política. Es autor de numerosos artículos publicados internacionalmente.

recover the emancipatory modern project, albeit marking at the same time discursive boundaries and risks, advocating the need for an epistemic subversion while avoiding the exacerbations of the postmodern discourse.

Key Words: Modern-Postmodern - Difference-Differance – Deconstruction

I. INTRODUCCIÓN

El debate modernidad - posmodernidad, aborda una reflexión sobre las diversas cosmovisiones que estructuran el mundo histórico (Habermas, 1985). En este debate, se defiende y se pone en tela de juicio (o se ataca) al mundo de la razón, de la ilustración, a aquel mundo que diera origen al proyecto moderno. Se trata, sin más, de la controversia de una época en la que mutan sus referencias y referentes (Casullo, 1993). Las diversas cosmovisiones que lo estructuran tienen lugar a través de diferentes campos de estudio y de práctica social como la estética, las teorías filosóficas, la política, la cultura, la arquitectura, la ética, la ciencia, etc. Son desde estas perspectivas que se suele abordar este debate de raíces europeas y norteamericanas, lugares en donde alumbró y maduró el ideario moderno que irradiará luego a los restantes países occidentales bajo diferentes formas².

En este trabajo vamos a revisar y sistematizar a algunos de los argumentos y posiciones teórico filosóficas que nutren cierta parte del debate. En tal sentido, nos centraremos en el análisis del cruce de posiciones que tuvo lugar en los años 80 entre J. Habermas y J. F. Lyotard³, bajo la inteligencia que la diversidad de argumentos que dan forma a este debate delimitan dos sistemas de pensamiento diferenciados: el pensamiento socio-filosófico Alemán y el Francés, que permiten delimitar claramente las aristas del debate.

Teniendo en cuenta el marco señalado, nos propondremos indagar cuál es el posicionamiento teórico del pensamiento de Ernesto Laclau y la corriente en la que se

² Sin duda el impacto de la ilustración en el mundo occidental ha sido constructivo pero también fuertemente destructivo respecto de las formas culturales. Ejemplo de ello es la impronta en Latinoamérica.

³ Se trató de la confrontación de Habermas y el tipo de posestructuralismo y deconstructivismo que emanó de París y que se puso de moda años más tarde entre los teóricos literarios en los Estados Unidos y que todavía hoy sigue dando que hablar.

inscribe, denominada Análisis político del discurso, de cara a este debate. Nos proponemos así mostrar las inflexiones y tensiones que permiten pensar al direccionamiento de su pensamiento hacia un campo intermedio entre lo moderno y lo posmoderno, que lejos de invalidar a ambos de manera directa, apuntará a complejizar la lectura intertextual mediante una mirada deconstructiva de ambas posiciones.

Cabe consignar que, teniendo en cuenta la obra de Habermas, la única pieza de su vasta producción que aborda específicamente la cuestión del posestructuralismo y el posmodernismo es el conocido libro *El discurso filosófico de la modernidad* (Frankfurt, 1985). Cabe destacar que también toca la cuestión “pos” en otras intervenciones, entre otras, en *Habermas y la Modernidad: respuesta a mis críticos* (Madrid, 1994). Del resto de las intervenciones de Habermas en las que critica directamente al posmodernismo, es en su conferencia pronunciada en septiembre de 1980 –en ocasión de recibir el premio Theodor Adorno– “*La modernidad: un proyecto incompleto*”, donde deja sintética y claramente expresada su posición en torno a la cuestión de la modernidad y la posmodernidad. Es en este sentido, que esta última, nos servirá de guía principal para confrontar las posiciones de Habermas con las de Lyotard. Respecto de este último, la obra central en que plantea la cuestión del posmodernismo y su crítica a la modernidad es en *La condición posmoderna* (París, 1979).

Así como Habermas, Lyotard ha sabido intervenir también a través de numerosas publicaciones para dejar sentado sus argumentos. De estas intervenciones rescataremos, “*Qué era la posmodernidad*” publicada por la revista española Quimera, N° 59, 1985 en la que Lyotard parece resumir sus blancos de crítica destinados al filósofo alemán.

Claro que en este debate cada “peleador” tiene sus propios defensores, filas, como así también existen detractores que apuestan un poco por cada bando sacando su propio provecho. Estos, nos servirán para delinear el arbitraje de la disputa. No debe perderse de vista que lo que está puesto en cuestión en este debate es el valor subyacente en cada cosmovisión: en el caso de Habermas, se trata de la sistemática filosofía alemana, en la que *la razón*, es el arma desde donde dispara la crítica, mientras que en Lyotard, se trata de la

teoría social filosófica francesa que tiene como eje la indeterminable lógica del *deseo*.

Respecto del abordaje de Ernesto Laclau y su posicionamiento en el marco del debate Modernidad – Posmodernidad sus obras sobresalientes en donde aborda directamente la cuestión son “Política y los límites de la modernidad” (1996) y “Poder y representación” (1996), así como también las producciones de Chantal Mouffe en *Democracia radical: ¿moderna o posmoderna?*, *La política y los límites del liberalismo* (1999) y en, *Entorno a lo político*. También debe destacarse que tanto *Hegemonía y Estrategia Socialista* (1985) como *La Razón Populista* (2005) sus máximas obras, tocan la problemática a abordar desde una perspectiva más general.

II. DE LA POSMODERNIDAD – ARISTAS DEL DEBATE ENTRE MODERNOS Y POSMODERNOS

Tal vez la manera más directa de presentar el corte epistemológico que implica para los posmodernos “las nuevas escenas del presente” (Casullo, 1993) respecto de las de la modernidad, sea agrupar las diferentes crisis del presente. Claro que para los que defienden el proyecto de la modernidad estas escenas no corresponden necesariamente a un momento posmoderno sino que son consecuencias de la propia modernidad. Para retomar una descripción que hace Casullo (1985), cabe entonces nombrar estas nuevas escenas del presente que se presentan bajo diferentes formas de crisis: crisis del funcionamiento del sistema capitalista, del compromiso del Estado de bienestar social y del potencial para la crítica del crecimiento de nuevos movimientos emancipatorios, del proyecto político e ideológico alternativo al sistema capitalista, crisis de/ los sujeto/s sociales históricos como enunciadores de la verdad, de la sociedad del trabajo, de las formas burguesas de lo político y la política, de los grandes relatos, del Estado nación, de ciertas pragmáticas utópicas, de la subjetividad, de la idea de progreso, de la idea que la fraternidad y la libertad iban a avanzar sin pausas en las sociedades, de la idea que la ilustración y el perfeccionamiento de toda la humanidad iba a ser cuestión de décadas simplemente, de la idea del fin de las guerras, de la idea de la superación de las desigualdades sociales, de la idea de la capacidad de la política

para conquistar la felicidad del hombre, de las ideologías, etc.

Estos paradigmas vertebradores de la modernidad están para los posmodernos agotados, mientras que para los defensores del proyecto moderno, deben rescatarse estos fundamentos, fortaleciendo el rol de una nueva razón, para así, reedificar el originario proyecto emancipador de la modernidad.

III. MODERNIDAD RACIONALISTA VS MODERNIDAD ESTÉTICA

Un primer punto de conflicto en la batalla de “los frankfurters contra las French fries” ilumina dos versiones diferentes de modernidad. Mientras que para Habermas la modernidad se remonta al proyecto emancipatorio de la ilustración⁴, cuestión que lo aleja de la perspectiva de sus predecesores Adorno y Horkheimer⁵, para Lyotard la modernidad es fundamentalmente estética en sus orígenes y se vincula directamente con las vanguardias y sus producciones destructoras del lenguaje y otras formas de representación; en este sentido la modernidad tendría sus orígenes en las obras de Nietzsche y Mallarme.

Por otro lado, para Lyotard, la noción Habermasiana de modernidad está purificada de los impulsos anarquistas y nihilistas de las vanguardias estéticas. En respuesta a este argumento Habermas va a sostener que no se trata de “purificación estética” sino más bien de entender que las propias vanguardias también se alimentaron de la filosofía de la ilustración. Defiende así a la ilustración de las críticas que sostienen que es ella la causa de todos los males del siglo XX. Para este último autor, por ejemplo, Auschwitz, en verdad no fue el resultado de un exceso de razón iluminista -aunque estuviera organizado como una perfecta y racional fábrica de muerte- sino de un antiluminismo violento, una efectividad

⁴ Se trata del movimiento cultural europeo que se desarrolló en el siglo XVIII. Este movimiento filosófico nace en Inglaterra, en el ambiente de concordia que siguió al período revolucionario. Posteriormente se difunde en Francia, donde la razón se hace cada vez más combativa, presentándose como una auténtica arma crítica. También se propaga en Alemania pero con otras características, ya que a diferencia de la Ilustración francesa la (Aufklärung) alemana es menos revolucionaria y más tolerante que la religión. Sin embargo, se encuentra también el mismo espíritu racionalista y científico que caracteriza a la ilustración. Este espíritu racionalista encontró, precisamente en Alemania, un centro importante para su desarrollo, en la corte de Federico el Grande y la Academia de Ciencias de Berlín.

⁵ En este punto Habermas se diferencia completamente de la generación anterior de la escuela de Frankfurt.

antimoderna que explotó a la modernidad para sus propios fines (Bernstein, 1994).

IV. RAZÓN CON O SIN DOMINACIÓN

Según Habermas (1995), el hecho de que la razón iluminista se haya transformado en instrumental en el desarrollo del mundo moderno, no significa que se deba abandonar su potencial emancipatorio. Este potencial emancipatorio es el que hay que redescubrir, dice el filósofo alemán, luego de realizar su crítica de Hegel, Marx y la Teoría Crítica, a las que le atribuye el fracaso en establecer un vínculo inteligible entre los análisis de la sociedad moderna, la racionalidad y los horizontes utópicos de sus teorías. En oposición a la racionalidad deliberada de Max Weber, Habermas sostendrá que, mediante la expansión de la racionalidad comunicativa y la objetivación de ésta en instituciones políticas y sociales, se podría asegurar un control democrático del “sistema” desde el “mundo de la vida”. Mientras más se pueda fundamentar racionalmente la conducta en las diferentes esferas de valor, más avanzada será nuestra forma de sociedad. El proyecto de la ilustración no es desde este prisma una ideología *naif* que se convierte en violencia y terror sino una tarea práctica que aún no ha sido llevada a cabo y que todavía puede guiar las acciones a fin de alcanzar la esperanza de libertad, justicia y felicidad. Habermas va a criticar a quienes confunden razón con dominación creyendo que al abandonar la razón nos liberamos de la dominación. Para este autor, la razón no es algo que podamos tomar ligeramente, el mundo moderno es más evolucionado que el primitivo, siguiendo a Piaget, cree que existe una lógica de la evolución social en el sentido que no podamos olvidar los procesos sociales de aprendizaje a menos que los reprimamos.

Para Lyotard, en cambio, la razón implica dominación y por otro lado esta meta de racionalidad sustantiva libre de sojuzgamiento es simplemente una ilusión imposible de alcanzar. A su vez, sostiene que la idea de transparencia propuesta por Habermas, destruye la heterogeneidad de los juegos del lenguaje (idea que el posmodernismo defiende) y esto responde a las estrategias totalizantes del poder político. Por otro lado, además de los problemas que tiene Habermas en explicar cómo llegaremos a una racionalidad

comunicativa intacta, perfectible, más importante es todavía considerar la cuestión normativa de por qué deberíamos considerar deseable una ética de la racionalidad comunicativa.⁶

V. ESTÉTICA ELITISTA VS. ESTÉTICA POLÍTICA

Para Habermas, la primacía de lo estético en la posición posmoderna socava la racionalidad teórica y práctica. Esa primacía de lo estético implica una ausencia de mediación social y fundamentalmente una falta de articulación entre la modernidad – posmodernidad cultural y las prácticas de la vida cotidiana. Critica de esta manera la perspectiva de Lyotard por su exceso de elitismo, en donde lo estético trascendental queda muy lejos de estar vinculado a la práctica social cotidiana. Por otro lado y refiriéndose principalmente a Bataille, Derrida y Foucault, considera que estos no hacen más que recuperar la experiencia básica de la modernidad estética.

Para Lyotard, por el contrario, la exigencia de Habermas de que los artistas estén más cercanos a las experiencias y prácticas de la vida cotidiana puede ser perjudicial para la creatividad de la vanguardia. En defensa de Lyotard, Scott Lash, va a sostener que para los franceses la estética es ante todo un asunto de práctica política. La teoría no queda devaluada de esta manera, sino que, es ella misma un arma crítica de la dominación política y los discursos que lo acompañan y justifican.

VI. CRÍTICA A UN “DIAGNÓSTICO” EQUIVOCADO

Habermas en su diagnóstico de la modernidad, y a partir de reexaminar la obra de Kant y Weber, concibe a la evolución de la época moderna como una diferenciación de las esferas de valor de la ciencia, la moralidad y el arte. A su vez, caracteriza al proyecto moderno como un esfuerzo por desarrollar esas esferas en su “respectiva lógica inherente”,

⁶ La ética propuesta por Habermas correspondería al nivel 6 del modelo de psicología del desarrollo moral de Kohlberg.

empleando al mismo tiempo su potencial para una “organización razonable”, empleando al mismo tiempo su potencial para una “organización razonable de la vida cotidiana”. El fracaso de la modernidad, se debe según el autor, en que se ha dejado que la totalidad de la vida se fragmente en especialidades independientes abandonadas a la estrecha competencia de los expertos, mientras que el individuo concreto vive el sentido “desublimado” y la forma “desestructurada” no como una liberación, sino como un tedio. Esta visión lleva implícita una crítica a la filosofía actual porque esta última se basa en especialismos y es incapaz de proporcionar una visión unificada del mundo.

Por otro lado, para este autor hoy en día, el mundo vital⁷ está siendo colonizado por la racionalidad sistémica o sistemática⁸, pero no existe ninguna necesidad lógica ni histórica de que los imperativos sistemáticos deban destruir el mundo vital (Bernstein, 1994). No habría ni una dialéctica de la racionalización a la Weber, ni una dialéctica de la ilustración como la de Adorno y Horkheimer, sino que lo que sí habría, es un proceso selectivo de racionalización. Para Bernstein, esta es la tesis sociológica más importante de Habermas, siendo este carácter selectivo explicado por las restricciones impuestas a la racionalización comunicativa por las condiciones limitativas y dinámicas de un proceso capitalista de producción. Hablar de selectividad, implica en este caso, pensar en posibilidades alternativas. Ahora bien, Habermas no cree en la lectura neorromántica de que es posible juntar estas esferas, tampoco cree que esta dificultad cultural conduzca inevitablemente a una alienación, su posición es que tras aceptar esta diferenciación debemos buscar nuevos modos para integrar y armonizar nuestras vidas.

Por su parte, Lyotard al igual que Rorty (1990), sostiene que la diferenciación categórica de la modernidad entre ciencia, moral y arte es errónea en la medida que, ésta

⁷ El mundo vital es para Habermas lo que los actores, participantes tienen a sus “espaldas” y mediante el cual resuelven su entendimiento

⁸ Esta diferenciación entre el mundo vital responde a una larga tradición sociológica que sostiene que el estudio apropiado de la sociedad requiere ser abordado como un sistema complejo con estructuras subyacentes que interactúan entre sí y formas dinámicas de integración sistemática o ruptura. Para los que estudian sistemas disminuyen el papel de los individuos, actores sociales. Los que estudian actores sociales dan primacía a la creatividad social de reconstruir signos sociales. En su Teoría de la acción comunicativa Habermas demuestra como cada uno supone al otro, intentando explicar a la vez que para entender la dinámica de los procesos sociales es necesario una teoría de la acción comunicativa y una teoría sociológica relacionadas conceptualmente.

parte de un orden de suposiciones implícitas típico de la modernidad que Habermas intenta rescatar. Se trata en todo caso de una meta narrativa más. Por otro lado, y siguiendo a Bürger (1981), lo que esconde la diferenciación del modelo kantiano - weberiano que Habermas retoma es que estas diferentes esferas no se desarrollan paralelamente, sino que en su desarrollo van teniendo estatus diferenciales:

...mientras el arte autónomo conlleva la idea de su autotrascendencia, no se puede afirmar lo mismo de la ciencia. Y la moralidad al contrario que el arte autónomo siempre se ha reclamado el papel de rectora de la práctica humana (Bürger, 1981:11)

El conflicto de desarrollo de estas esferas ha llevado a partir del siglo XVIII, a que por ejemplo, se rechace la introducción de cuestiones cognoscitivas y morales en el arte, situando así la problemática, en términos de autonomía vs utilidad.

VII. CONSERVADURISMO Y POSMODERNIDAD

Habermas no duda en sostener que en casi todo el mundo se impone un determinado clima que impulsa los procesos de modernización capitalista, al mismo tiempo que, se critica la modernidad cultural.

La desilusión frente a los fracasos de los programas que abogan por la negación del arte y la filosofía se convirtieron, según este autor, en un pretexto para posiciones conservadoras de las que distingue tres: el antimodernismo de los jóvenes conservadores, el premodernismo de los viejos conservadores y el posmodernismo de los neoconservadores.⁹

Los primeros como (Bataille, Foucault, Derrida) recuperan la experiencia básica de la modernidad estética. Se sitúan como antimodernos sobre la base de actitudes modernas. De manera maniquea, sostiene, contrapone a la razón instrumental un principio sólo accesible a través de la evocación, sea esta la voluntad del poder, el Ser o la fuerza dionísica de lo poético. Los segundos como (Leo Strauss, Hans Jonas, R. Spaemann) observan con

⁹ Para una revisión más profunda de la posición habermasiana respecto del conservatismo véase, "Guía del posmodernismo" de Andeas Huyssen en Revista Punto de vista n° 29, Buenos Aires, abril de 1997.

tristeza la declinación de la razón sustantiva con la especialización de las ciencias. Recomiendan retirarse a posiciones anteriores a la modernidad (neoaristotelismo). Los últimos como (el primer Wittgenstein, el segundo Shmitt, Benn) por un lado ven con grado el desarrollo de la ciencia moderna en la medida que ésta posibilite el progreso. Pero por otro lado recomiendan una política que diluya el contenido explosivo de la modernidad cultural. Siguiendo una de sus tesis, la ciencia carece de significación en la orientación de la vida, la política debe estar escindida de justificaciones morales, no le reconocen al arte un contenido utópico y subrayan el carácter ilusorio para limitar la experiencia estética a la esfera privada. (Habermas, 1985)

En síntesis, Habermas critica al conservatismo en conexión con el posmodernismo (joven, viejo y neo) por no responder a las exigencias culturales en el capitalismo tardío, ni a los éxitos, ni a los fracasos del modernismo. Se molesta por las influencias de las teorías francesas en las subculturas de Berlín y Frankfurt que influyen sobre las generaciones más jóvenes, sosteniendo que estas teorías, se adaptan demasiado bien al conservatismo que predica el abandono del proyecto emancipatorio de la modernidad. Entiende que existen “afinidades subterráneas” entre el ataque a la modernidad (llevada a cabo por los posestructuralistas franceses, muchos de los cuales se creen radicales) y algunas variedades de los rechazos conservadores del legado de la ilustración.

Claro que la respuesta de Lyotard a esta posición es que Habermas termina reforzando aquello que quiere liberar; que son las emancipaciones de las formas de poder innecesarias. Sostiene que si hacemos transparente las coacciones y las ilusiones perderemos la impredecibilidad creativa y el intercambio comunicativo de la vida diaria centrado en la comunidad. Al no comprender en su significación más profunda la ruptura epistemológica que implica la posmodernidad con respecto a la modernidad, Habermas no hace más que retirarse hacia las posiciones conservadoras que él mismo critica. Por otro lado, Guiddens se pregunta si posiciones como la de Habermas, en donde por vía de la razón y mediante la acción comunicativa se llega a la esperanza de la felicidad, no irá en detrimento de la revolución: ¿razón sin evolución?, cuestión que colocaría a Habermas como un conservador encubierto tras una nueva razón. Para Lyotard los tiempos modernos

han concluido porque los grandes metarrelatos modernos que le dieron referencia racional, horizonte, guía de acción, sentido, han caducado. La crisis de esos grandes relatos da origen a pequeños relatos no totalizadores. Para este autor estamos en los bordes de la modernidad, trabajando en sintonía con un tiempo de carácter post-moderno, plural, polisémico, parcial en valores, hablas y sentidos.

VIII. APROXIMACIONES AL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO

La corriente teórica denominada Análisis Político del Discurso tiene lugar en un horizonte de inteligibilidad en el cual las “certezas absolutas” y las “utopías globalizantes” se encuentran en el centro del debate y la crítica teórica. En ese marco, la reconsideración de las teorías políticas, los principios éticos y epistémicos del pensamiento occidental requieren ser repensados a la luz de los aportes y recuperaciones teóricas críticos de dicha línea de pensamiento. (Burgos, 1996)

La matriz conceptual del Análisis Político del Discurso postula como eje central de análisis crítico al fin de la ilusión de inmediatez de lo dado como experiencia de acceso al saber y al objeto sin mediaciones discursivas, la pérdida de legitimidad de las pretensiones absolutistas del pensamiento ilustrado, desde el racionalismo de la tradición cartesiana hasta las actuales propuestas de razón comunicativa de Habermas. En este sentido, se presenta la crítica a la tradición del sujeto centrado en la razón y a la idea de razón como fuente y garantía de validez universal. A la vez, la posición crítica del Análisis Político del Discurso va a postular la idea del debilitamiento del carácter incuestionable de los fundamentos del pensamiento occidental el sujeto, la historia, la ciencia, la moral, etc.

Para la asunción de esta crítica, esta línea de pensamiento va a tomar diversas contribuciones de la tradición, para argumentar a favor de otras maneras de pensar la subjetividad, el conocimiento, los principios éticos y políticos. Con este objetivo de fondo, este enfoque articula para su producción discursiva a la lingüística postestructuralista de J. Derrida y R. Barthes, la pragmática del lenguaje de L. Wittgenstein, los aportes del

psicoanálisis, especialmente de la vertiente lacaniana, y la propuesta política postmarxista centrada en la obra de Gramsci y Althusser.

La crítica apunta a “deconstruir” el marxismo, especialmente los conceptos de discurso, hegemonía, historia y sujeto social, desprendiéndose de sus usos economicistas y esencialistas, enfatizando tanto el carácter del antagonismo y la negatividad como la articulación y las equivalencias como constitutivas de lo social. Asimismo, se busca una intervención política, a partir de la denominada “Democracia Radicalizada”, capaz de reconocer la heterogeneidad de las condiciones históricas y contradictorias en el mundo contemporáneo. Estas relaciones se presentan cada vez más complejas, en tanto que, involucran procesos, movimientos y sujetos sociales emergentes de diversas procedencias, a la vez que, requieren de una intervención tal que asuma la historicidad, contingencia y finitud de su propio discurso y que tienda a políticas democráticas consistentes.

IX. HACIA UNA TEORÍA ANTI-ESENCIALISTA DE LA POLÍTICA

La perspectiva articulada en la línea del Análisis Político del Discurso parte del rechazo a las concepciones esencialistas de las relaciones sociales y políticas que han guiado el edificio conceptual de gran parte del discurso filosófico político clásico y moderno. En esta perspectiva la sociedad no es concebida como una totalidad fundante de sus procesos parciales, en tanto, no existe un espacio social definido y cerrado que pueda ser concebido como una sociedad in totus. A la vez, la inexistencia de lo social en cuanto tal implica que la identidad de los elementos mismos que la componen nunca sea completa ni plena. El carácter inacabado y contingente de toda sociedad define el carácter precario de las identidades y la imposibilidad de fijar el sentido de estas en ninguna literalidad última.

Las relaciones sociales tienen un carácter simbólico, sobre determinado. En este sentido, el lenguaje cumple un papel clave en la estructuración de las relaciones sociales. Todo elemento de lo social es discursivo en tanto que toda acción está cargada de sentido y

significación:

Es por el hecho de que toda acción social tiene un sentido que ella se constituye bajo la forma de secuencias discursivas, las cuales articulan elementos lingüísticos y extralingüísticos (Laclau, 1996: 59).

El carácter simbólico de lo social no implica asumir una posición idealista, en tanto, la realidad existe pero resulta inaprensible en la medida que no sea significada en el marco de un sistema de reglas que le dé un sentido. Así, la separación entre elementos lingüísticos y no lingüísticos pierde sentido en tanto ambos forman parte de una operación global que es el discurso mismo. Como parte de esa totalidad simbólica, las identidades sociales tienen un carácter relacional en donde cada identidad se constituye a partir de su relación con otra. El carácter no esencial de lo social permite otorgar una especial importancia a la noción de hegemonía en cuanto a la especificidad del espacio de conformación de las identidades colectivas mediante el juego particular entre equivalencias y diferencias que estructuran las prácticas sociales y políticas.

El concepto de hegemonía presupone el carácter incompleto y abierto de lo social, que sólo puede constituirse en un campo dominado por prácticas articuladoras. Todo grupo social es en este sentido el resultado de una práctica articuladora. Los diversos órdenes sociales son intentos precarios y en última instancia fallidos de domesticar el campo de las diferencias. Lo social entonces admite cierres parciales. La sociedad debería ser vista bajo esta acepción como una totalidad parcial que pone en evidencia a su vez, la imposibilidad de constitución de identidades plenas, otorgándoles a éstas mismas un carácter inacabado y contingente.

X. DEL POSCONVENCIONALISMO A LA DEMOCRACIA RADICALIZADA

Llegados a este punto es preciso preguntarse cómo se inserta un modelo teórico de las características antes descritas en el marco de una propuesta política relativa a la denominada Democracia Radicalizada. Y en particular, cómo se enmarca dicha línea de análisis en relación con la denominada tendencia de los teóricos de la pospolítica.

En el marco de los desarrollos teóricos de la línea del Análisis Político del discurso, se pone en discusión la noción central de los sociólogos de la pospolítica (en particular A. Giddens: 1994a y U. Beck: 1994b) según la cual la etapa de desarrollo político económico actual implica linealmente la idea de progreso. En este sentido, se establece un debate con aquella visión de la teoría social según la cual entramos de lleno en una segunda modernidad en la que los individuos liberados de los vínculos colectivos pueden ahora dedicarse a cultivar una diversidad de estilos de vida sin ataduras anticuadas.

A partir de su desarrollo teórico, relativo a su noción de la sociedad del riesgo, U. Beck va a proponer teorizar acerca de la modernidad reflexiva y sobre la sociedad del riesgo. Este autor va a partir de postular la idea de un cambio vivido por la dinámica de las sociedades industriales que ha provocado un pasaje a una segunda modernidad caracterizada por una sociedad del riesgo. Si una primera modernidad se caracterizaba por la creencia en la sustentabilidad ilimitada y por el avance de la racionalidad instrumental, una segunda etapa, va a estar moldeada por una sociedad basada en los efectos colaterales. Estos deben ser entendidos como los cambios involuntarios e imprevistos que se producen en el marco de las relaciones sociales: las clases, los roles sexuales, las relaciones familiares, el mundo del trabajo, etc. (Mouffe, 2007).

Estos cambios no deben ser vistos como resultados de luchas políticas. Los mismos implican que en las sociedades del riesgo los conflictos básicos ya no pueden ser afrontados por las instituciones tradicionales como los sindicatos y los partidos políticos. Si la primera modernidad se caracterizaba por el rol central del estado nación y los grupos colectivos, la globalización y la intensificación de los procesos de individuación van a generar un marco

distinto en esta etapa de la segunda modernidad. Las identidades colectivas fueron socavadas y en este sentido las instituciones básicas de la sociedad se orientan ya no a la familia o a los grupos colectivos sino al individuo. Asimismo, Beck considerará a la división izquierda y derecha como conceptos ligados al pasado, en tanto que, en una sociedad del riesgo los conflictos no pueden ordenarse bajo esa metáfora. Sino que, deben ordenarse a partir de concebir los controles y prevenciones que acompañan la producción de bienes.

Beck va a proponer la noción de subpolítica como un modelo en donde debe pensarse lo político ya no en las esferas tradicionales sino como un fenómeno que irrumpirá en distintos lugares. Es necesario romper con la ecuación política y estado. La sociedad del riesgo va a desafiar los principios básicos de la Ciencia Política en tres puntos: la polity (constitución institucional de la comunidad política), la policy (examina cómo los programas políticos pueden determinar circunstancias sociales) y la politics (proceso de conflicto en torno a la distribución de poder). En todos los casos con la llegada de la subpolítica el individuo pasa a ocupar el centro de la escena y lo colectivo queda relegado. En la subpolítica a los agentes que están fuera del sistema corporativo o político se les permite participar en el espacio del diseño social y los individuos compiten con los agentes colectivos por participar en el diseño de política. (Mouffe, 2007)

En una sociedad en donde se desarrolla la subpolítica los temas que antes eran expresión del individualismo y de la esfera privada como aquellos relacionados con la dieta y los estilos de vida pasan ahora a ocupar la escena pública. Lo íntimo y lo privado se han politizado. Los progresos de la ciencia y la técnica están obligando a que la gente tenga que tomar conciencia y decisiones sobre el campo de la política corporal. Esta nueva agenda de decisiones sobre la vida y la muerte introduce en la agenda política cuestiones filosóficas existenciales y esto da la posibilidad de cambiar la sociedad.

Por otro lado, Beck destaca la importancia de la duda y la ambivalencia en la superación de los conflictos. Esta nueva actitud rompería con la vieja certeza de la primera modernidad y así permitía la generalización del escepticismo y a partir de este la no

emergencia de relaciones antagónicas. Una sociedad basada en la duda ya no podrá plantarse en términos de relación amigo enemigo y en consecuencia producirá la pacificación de los conflictos. Los efectos colaterales de la modernización reflexiva entonces nos alejará del modelo adversarial y a partir de allí podremos esperar un futuro orden cosmopolita.

Giddens, va a señalar que vivimos en una sociedad postradicional en tanto esta genera nuevas experiencias cotidianas para los sujetos y la identidad. El desarrollo de una sociedad cosmopolita global generó que las tradiciones se hayan vuelto objeto de cuestionamientos y que en tanto requieran justificación, que ya no pueden darse por sentado sus criterios de validez como en el pasado. La sociedad postradicional ha generado una sociedad reflexiva que se basa en la incertidumbre en todas sus áreas. Es por eso que los individuos van a tener que procesar gran cantidad de información. El desarrollo de la reflexividad. Los cambios en la economía y la política se deben principalmente al aumento de la reflexividad. Así, los cambios en la flexibilización de la producción y la toma de decisión de abajo hacia arriba deben ser explicados a la luz de esta reflexividad que debe ser aprovechada en el plano económico y empresarial.

Así como la perspectiva de Beck y Giddens se orientan hacia una modalidad reflexiva, la noción de Acción Comunicativa en J. Habermas va a permitir una concepción de representación última de la objetividad en tanto tal. En este sentido es posible, siguiendo la línea de este autor, desarrollar una perspectiva dialógica perfectible a partir de un despliegue de la racionalidad comunicativa del mundo de la vida hacia la racionalidad deliberada racional, enmarcada y desarrollada en los sistemas de acción. La tesis según la cual la colonización del mundo de la vida por los sistemas de acción no conlleva ninguna necesidad lógica, y en tal sentido, no podría sostenerse ni una dialéctica de la ilustración al estilo de la Escuela de Frankfurt, ni una dialéctica de la racionalización al estilo de Max Weber, se contrapondrá a la noción misma del despliegue de la acción comunicativa como instancia simbólica capaz de llevar a cabo unos procesos de descolonización de las propias restricciones impuestas a una racionalización comunicativa por las condiciones limitativas y por la propia dinámica de un proceso capitalista de producción.

A partir de la crítica de la Democracia Radical es necesario diferenciar entre las categorías de agonismo y antagonismo a fin de concebir una noción de consenso conflictual generador de un espacio simbólico común entre oponentes. En tal sentido:

La diferencia fundamental entre la perspectiva dialógica y la agonista es que el objetivo de esta última es una profunda transformación de las relaciones de poder existentes y el establecimiento de una nueva hegemonía. Es por esto que puede llamarse propiamente radical. Sin duda no es una política revolucionaria de jacobina, pero tampoco es una política liberal de lucha de intereses dentro de un terreno neutral, ni la formación discursiva de un consenso democrático (Mouffe 2007: 58)

XI. LO POLÍTICO DE LA POLÍTICA

En el marco de la democracia radicalizada se pondrá en discusión la idea de que con el fin del comunismo y con el debilitamiento de las identidades colectivas resulta posible un mundo sin enemigos, como así también a la noción habermasiana a partir de la cual el consenso lo podemos obtener a través de una experiencia dialógica perfectible. En términos de Zizek (1990: 259) el Análisis Político de Discurso es la única respuesta a Habermas y su intento de fundamentar una ética emancipatoria, el reconciliador poder de la razón y por tanto todo el proyecto de modernidad en el ideal de comunicación sin restricciones. Se discutirá además la idea de que la globalización y la universalización de la democracia liberal traerán prosperidad y conllevarán a la implementación mundial de derechos humanos.

Para el pensamiento del Análisis Político del Discurso significantes como democracia dialógica, democracia libre, democracia cosmopolita, democracia absoluta constituyen y forman parte de una visión antipolítica que no hace más que negar la dimensión antagónica constitutiva de lo político. En este planteo, dichos significantes constitutivos de una visión progresista velan la comprensión de los que se juega en la política democrática y en la dinámica de constitución de las identidades colectivas.

La concepción de la política como consenso constituye para la Democracia Radical

un error teórico que conlleva a serios riesgos políticos. Esta ceguera, tal como es tildada por autores como Laclau y Mouffe, no es novedosa sino que, corresponde a una visión idealizada de bondad interior e inocencia en donde la violencia y la hostilidad son percibidas como un fundamento arcaico a ser superado por el intercambio, el progreso y el contrato social.

Así, desde esta perspectiva teórica, la creencia en la posibilidad de un consenso universal colocó al pensamiento democrático en un camino equivocado, ya que, lo conflictual es condición para comprender el desafío de la democracia. La tarea de la teoría política debería consistir, en este sentido, en promover la creación de una esfera pública donde confronten distintos proyectos políticos agonísticos en tanto condición misma para un ejercicio efectivo de la democracia. El dialogo y la deliberación carecerían de sentido en un marco en donde no existen opciones para ese propio espacio dialógico.

En el marco de este planteo, el Análisis Político del Discurso conjeturará que, no es que lo político esté desapareciendo, sino que, lo político se expresa hoy en un registro moral en el que en vez de tener una lucha entre izquierda derecha tenemos una lucha entre el bien y el mal. Dicotomía que no hace más que expresar una lógica de destrucción amigo enemigo.

Por otro lado, en cuanto a las críticas desde la pospolítica a la naturaleza discriminatoria de las identidades colectivas en tanto estas implican una diferenciación entre un nosotros y un ellos, para el pensamiento del Análisis Político del Discurso, por el contrario, las identidades colectivas juegan un rol central en la confrontación democrática. En este sentido, no se trata de superarlas mediante la lógica del consenso, sino, de construir las de modo tal que activen la confrontación democrática. En tanto que el racionalismo liberal ignora la dimensión afectiva movilizadora por las identidades colectivas, viendo a estas arcaicas y destinadas a desaparecer con el avance del individualismo y el progreso de la racionalidad, éste se encuentra mal preparado para captar los fenómenos de masa y de construcción política. No basta con establecer compromisos y valores, sino que, hace falta también un influjo real en los deseos y fantasías de la gente.

Ahora bien, en el marco de los análisis de Laclau y Mouffe se diferencia la instancia de la política de lo político. La primera, corresponde a las prácticas e instituciones con las que se crea un determinado orden, correspondiéndole el nivel óptico de los hechos de la política y de las prácticas de la política convencional. Mientras que en el nivel de lo político tenemos la dimensión del antagonismo constitutivo de las sociedades, correspondiéndole el nivel ontológico, como los modos de institución de lo social. El pensamiento y la matriz teórica de una línea de análisis cuyo objeto reside en sentar bases para una ontología de lo social, va a postular que la falta de comprensión ontológica impide pensar de un modo político, en tanto, lo que se juega hace al propio nivel óptico de la democracia.

Las tareas de una democracia consistirán en transformar la lógica del antagonismo en un agonismo con instituciones y prácticas en donde se reconozca la legitimidad de los oponentes:

Desde nuestro punto de vista, la construcción de una nueva hegemonía implica la creación de una cadena de equivalencias entre la diversidad de luchas democráticas, viejas y nuevas, con el fin de formar una voluntad colectiva, un nosotros de las fuerzas democráticas radicales (Mouffe 2007: 59).

XII. EL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO FRENTE AL DEBATE MODERNIDAD-POSMODERNIDAD

Cabría preguntarse en este punto cuál es la inserción de la perspectiva del Análisis Político del discurso en el marco del debate Modernidad y Posmodernidad en tanto éste parece operar como una suerte de telón de fondo para pensar las transformaciones sociales. En ese sentido, Laclau en su texto “Política y los límites de la modernidad” (1996) restringe el análisis de esta inserción a los aspectos políticos y allí caracteriza a la Posmodernidad en el establecimiento de fronteras de la Modernidad en dos formas y enfoques distintos:

- 1) Se trata de un debilitamiento de las pretensiones metafísicas y racionalistas de los discursos de la Modernidad. (Se cuestiona el status ontológico de fundamento atribuido a ciertos relatos) el status ontológico del relato en cuanto tal.
- 2) Se cuestiona la validez presente de ciertos relatos, que unificaban al conjunto de la experiencia histórica de la modernidad y a la ciencia como ingrediente esencial de la misma en el proyecto de emancipación humana global.

Se centra en la segunda posición de la validez de ciertos meta-relatos desde la hipótesis que sostiene que existe una mutación radical en el pensamiento y la cultura de las últimas décadas, a la que no habría problemas en considerar como entrada en una cierta post-modernidad, pero esta nueva época no pasa por una crisis ni por un abandono de los metarrelatos. La idea misma de abandono de los metarrelatos es lógicamente contradictoria, ya que reproduce al interior del discurso postmoderno la lógica del fundamento que habría caracterizado presuntamente a la modernidad. Si se los abandona es porque existieron. El cambio decisivo se vincula al nuevo status de lo discursivo y a los nuevos juegos de lenguaje que se practican en torno a los relatos –a todos ellos, los metarrelatos incluidos. (Laclau, 1996)

Según (Laclau, 1996) no es posible pensar la frontera entre Modernidad y Posmodernidad en términos de la caducidad de ciertos meta relatos porque supone un discurso teórico en el que el fin de algo es pensable, transparente e intelectualmente aprehensible. Más aún, señala Laclau, no se puede introducir la categoría de fin postulándolo cuando por un lado si termina algo, algo nuevo empieza (esto ya es un discurso moderno y el posmodernismo quería romper con esto) y por otro lado si se habla de una caducidad de los meta relatos la operación es más bien modesta respecto de los objetivos que se proclaman. Lo único que se hace es desplazar la lógica de la identidad, la presencia plena, del campo de la totalidad al campo de una multiplicidad de relatos atomizados, pero la lógica de la identidad sigue siendo la misma en ambos casos.

Sin embargo si hay algo que la postmodernidad da cuenta es de la desintegración de ciertas categorías: fundamento, nuevo, identidad, vanguardia, etc. Lo que pone en cuestión

la Posmodernidad es el status y la lógica de la construcción de las identidades sociales y culturales. No la discriminación y la elección entre estas.

La postmodernidad no puede ser simplemente el rechazo de la Modernidad, sino una nueva modulación de sus temas y categorías, una más vasta proliferación de los juegos del lenguaje en que es posible embarcarse a partir de ella.

Se trata no de un simple rechazo sino de trazar la genealogía del presente, de disolver la aparente obviedad de ciertas categorías que son el precipitado, trivializado y entumecido de la tradición, y en tal sentido, de mostrar el problema originario respecto al cual constituyeron una respuesta.

Respecto de la categoría de clase (Laclau, 1996) señalará que las discusiones recientes dan cuenta de preguntas tales como ¿son las clases o los movimientos sociales, en las sociedades industriales avanzadas, los agentes fundamentales del cambio histórico? O bien ¿está la clase obrera en proceso de desaparición? Para Laclau estas son preguntas secundarias. Porque cualesquiera sea la respuesta ya suponen desde la pregunta la obviedad y transparencia de la categoría de clase. Cuando esta es una síntesis de determinaciones (Heidegger) que supone la agencia social. La situación contemporánea vuelve a plantear este problema de manera mucho más compleja y limitada de como la entendía Marx.

Ahora bien, hay que precisar qué es lo que se cuestiona de la modernidad: Si lo que está en cuestión son los valores del Iluminismo, su crisis obliga a afirmar otros valores, pero eso deja sin modificar el status ontológico de la categoría de valor. Cuando se presenta a los teóricos del siglo XVIII como los iniciadores de un proyecto de dominio que sería el antecedente de Auschwitz, se olvida que el rechazo de Auschwitz se efectúa a través de la afirmación de valores que también proceden del Siglo XVIII.

Si por otro lado lo que se pone en cuestión es la categoría de totalidad implícita en los metarrelatos, no se está poniendo en cuestión el status de la categoría de relatos, sino más bien la posibilidad de reunir a los relatos parciales en un relato emancipatorio global.

El Posmodernismo dice que es imposible reunir los relatos parciales en un gran relato pero no critica la categoría de relato (Laclau, 1996).

Lo que se intenta argumentar es que lo que está puesto en cuestión es el status ontológico de las categorías centrales de los discursos de la modernidad, no el contenido de las mismas. La erosión de ese status lejos de implicar un fenómeno negativo, representa una enorme ampliación del contenido y operatividad de los valores de la modernidad que permite ponerlos sobre bases más sólidas que aquéllas que caracterizaron al proyecto iluminista y a sus varias reformulaciones positivistas o hegeliano-marxistas.

Siguiendo el relato laclauiano la postmodernidad no implica un cambio en los valores de la Modernidad sino un particular debilitamiento del carácter absolutista de los mismos. El terreno en el que se puede ver esto es el producto de un proceso histórico cuyo rasgo básico es el colapso de la inmediatez de lo dado. Se puede afirmar que la historia intelectual del siglo XX se constituyó en torno a tres ilusiones de inmediatez de lo dado: el referente, el fenómeno y el signo. La crisis de esa ilusión de inmediatez de lo dado no fue el resultado de un abandono de esas categorías sino del debilitamiento de las aspiraciones de las mismas a constituir presencias plenas.

Es esta crisis de inmediatez de lo dado a partir de la que Laclau da cuenta de las operaciones intelectuales que caracterizan al debilitamiento específico llamado postmodernidad. Para Laclau si algo caracterizó a los discursos de la Modernidad fue su pretensión de dominar intelectualmente el fundamento de lo social, de dotar de un contenido racional al conjunto de la historia y de basar en él el proyecto de una emancipación humana global. Han sido discursos acerca de esencias e identidades plenas, fundados en el mito de una sociedad transparente. La postmodernidad comienza, por el contrario, cuando esa identidad plena es amenazada por un exterior inaprensible que introduce una dimensión de opacidad y pragmatismo en la pretendida inmediatez y transparencia de sus categorías. Surge así un abismo infranqueable entre lo Real y las pretensiones absolutistas de éste último.

Debe advertirse que este debilitamiento no niega en ningún sentido necesario los contenidos del proyecto de la modernidad; tan sólo muestra la vulnerabilidad radical de esos contenidos a una pluralidad de contextos que los redefine de manera imprevisible. Una vez que esta vulnerabilidad es aceptada en toda su radicalidad no se sigue necesariamente ni el abandono de los valores emancipatorios ni un escepticismo generalizado sino, al contrario, la conciencia de la complejidad de las operaciones estratégico-discursivas que su afirmación y defensa implica.

Por otro lado, Laclau narra la genealogía de la postmodernidad en relación con la tradición marxista, que constituyó a la vez uno de los puntos más altos en los relatos emancipatorios de la modernidad y una de sus primeras crisis. Analiza así la emergencia de un postmarxismo como resultado de los nuevos contextos relacionales en que se vieron envueltas las categorías del marxismo clásico. Esto introdujo en éstas últimas una tensión creciente, que obligó a practicar en torno a ellas nuevos y cada vez más complejos juegos de lenguaje.

El intento genealógico apunta, no a buscar las causas de este proceso (si se tratara de esto sólo habríamos producido simplemente una nueva inscripción del pasado en la transparencia racionalista de un fundamento aprehensible conceptualmente) sino a narrar la disolución de un fundamento, disolución que muestra la contingencia radical de las categorías a él ligadas. La intención es más bien reveladora más que explicativa. (Laclau, 1996)

Afirma en este punto dos hipótesis que necesitan replantearse, a saber, que por un lado el capitalismo sólo existe a través de la transformación constante de los medios de producción y de la disolución creciente de las relaciones sociales pre-existentes y que la historia del capitalismo es por un lado la historia de la progresiva destrucción de las relaciones sociales por él generadas y por otro lado es la historia de su frontera con formas sociales exteriores a sí mismo.

Se trata de dos fronteras que según Laclau deben recrearse y redefinirse

constantemente. O bien el movimiento de estas fronteras es un proceso contingente de lucha cuyo desenlace permanece en larga medida indeterminado o bien una cierta astucia de la Razón que opera a través de las contradicciones de la Historia conduce a ésta a un fin predeterminado y predeterminable. Laclau plantea que esta segunda era la opción del Marxismo clásico según la cual ofrecía un terreno para la formulación de una filosofía de la historia.

Ahora en relación con el argumento del carácter relacional de toda identidad, Laclau va a plantear que las nuevas relaciones de exterioridad van a transformar a las identidades. Y esto al contrario de la posición del marxismo clásico que afirmaba que la relación de exterioridad podía ser definida internamente ya que toda relación exterior estaba destinada a priori a sucumbir como resultado de la expansión del capitalismo. La lógica interna del capitalismo pasaba a ser así el sustrato racional de la Historia y el advenimiento del socialismo sólo podía ser la resultante de las contradicciones internas del capitalismo.

Pero si esto hubiese sido todo poco habría que agregar, sostiene Laclau. En este sentido, va a indicar que diversos discursos surgidos al interior del marxismo comienzan a complejizar la relación entre lo interno y lo externo y a deconstruir las categorías del marxismo clásico. Comienzan a darse nuevos juegos del lenguaje. Laclau sostiene que hay varios núcleos de ambigüedad y proliferación discursiva en la historia del marxismo pero se interesa, por la variedad y centralidad, en el llamado desarrollo desigual y combinado. Por ejemplo la respuesta de Sorel con su teoría del mito implicaba un relacionalismo radical por el cual sólo la violencia y el corte total de vínculos de la clase obrera con el sistema político permite mantener la identidad proletaria. Renunciaba así a toda relación externa y optaba por una identidad proletaria. Renunciaba a toda relación externa y optaba por una identidad proletaria pura. Toda participación en el sistema político implicaba una pérdida de identidad.

Por el lado de Gramsci se puede ver un idéntico relacionalismo pero que conduce a una solución opuesta. Gramsci se lanzaba de lleno a la multiplicidad de complejos relacionales que la Italia de su tiempo ofrecía –ampliaba sistemáticamente el campo de las

relaciones hegemónicas– pero afirmaba que los sujetos políticos no eran las clases sino las que denominaba voluntades colectivas. Gramsci concebía a las articulaciones hegemónicas, como proceso de creación de nuevas identidades. En ambos casos el carácter relacional y en última instancia desfundamentado de las identidades era afirmado (Laclau, 1996).

Laclau aboga por dar cuenta de cómo una exploración genealógica debería descubrir sistemáticamente aquellas áreas discursivas de la tradición marxista en las que la emergencia de nuevas identidades y categorías lejos de abonar al marxismo clásico, empiezan a funcionar como suplementos. En términos de Derrida funcionan como goznes discursivos que tornan ambiguo el sentido de una oposición. Este puede ser el sentido de las adiciones el marxismo de Lenin a Gramsci.

El postmarxismo significa en este sentido lo contrario de un ex-marxismo ya que implica involucrarse activamente en su historia y en la discusión de sus categorías. Es preciso señalar su pluralidad. Apropiarse del pasado activamente. Crítica a la amnesia histórica, es una receta para el parroquianismo. Entonces si la tradición radical debe reconstruirse, como genealogía del presente, el marxismo no puede ser su único punto de referencia. La pluralidad de luchas sociales actuales surge en una realidad distinta y más vasta, que implica romper con el mito provinciano de la clase universal.

Las luchas sociales deben construir sus propias reapropiaciones de la tradición a través de esfuerzos genealógicos específicos. Pero esto significa que no hay centralidad a priori, determinada al nivel de la estructura, porque no hay fundamento racional de la historia. La racionalidad que la historia puede tener es aquella relativa que le dan las luchas y las construcciones pragmáticas hegemónicas concretas.

Es necesario considerar las categorías marxistas, no como fundamento de la historia sino como síntesis pragmáticas y limitadas de una realidad histórica que las subvierte y desborda, que hace posible discutir su validez presente. Con esas consideraciones Laclau sostiene que se entra de lleno desde el punto de vista del marxismo a la discusión sobre la posmodernidad. Es en ese punto donde va a plantear dos cuestiones centrales, dos

interrogantes: las consecuencias del discurso del fundamento desde el punto de vista de un discurso radical. ¿No conduce este colapso al nihilismo político, a la imposibilidad de dar un fundamento a la práctica y a la crítica política? La unidad del proyecto emancipatorio tal como fuera concebido por el iluminismo. ¿La pluralidad de las luchas actuales, no implica su necesario abandono en cuanto proyecto global? (Laclau, 1996).

Y responderá respectivamente que en primer lugar la argumentación no es sólo verbal sino que tiene una dimensión per formativa. El conjunto del tejido argumentativo constituye el sentido común de un grupo. Este sentido común constituye una tradición. Esta tradición es por definición abierta ya que no se funda en ninguna certeza última de tipo algorítmica. No puede ser inmune a las diversas prácticas argumentativas que se desarrollan en la sociedad. En el proceso de contra-argumentación la identidad es modificada. Esto da la base para responder que el abandono del mito del fundamento no da lugar al nihilismo. Sino a una proliferación de intervenciones discursivas y argumentos.

XIII. CONCLUSIÓN

Hemos observado a lo largo del trabajo que el debate Modernidad Posmodernidad centra su contenido sobre la base de considerar elementos de la ilustración que, para los primeros había que extender en pos de su potencial emancipatorio, mientras que para los segundos estos mismos elementos se han agotado por el propio potencial destructivo de esos fundamentos de la ilustración.

Es en ese marco que el planteo de Laclau adquiere un interés central al plantear que se debe recuperar el horizonte de sentido de ese proyecto emancipatorio pero deconstruyendo su faz destructiva que reside fundamentalmente en la absolutización de sus fundamentos. Ese aspecto del posmodernismo deconstructivo es rescatado por Laclau como una tarea incesante de la democracia en pos de mantener abierta la brecha de los polos discursivos del debate citado. La Deconstrucción del proyecto de la ilustración es entonces una tarea a realizar y en ese camino el posmarxismo debe visitar los postulados clásicos

de su corriente primigenia.

Para Laclau los hombres que se han considerado desde siempre como los siervos de fuerzas exteriores a ellos, Dios, la naturaleza, las leyes necesarias de la historia, pueden a través de esta entrada en la posmodernidad considerarse por primera vez como los creadores y constructores de su historia. La disolución del mito del fundamento y la disolución de la categoría de sujeto radicalizan en tal sentido las posibilidades emancipatorias abiertas por la ilustración y el marxismo. Así la ausencia de fundamento no resta sentido a sus actos tan sólo afirma su limitación, finitud e historicidad.

También la ambigüización da cuenta de la centralidad discursiva. Un significante se vacía cuando pasa a simbolizar una larga cadena de significados equivalentes. El símbolo no tiene motivación interna y la cadena de significados puede extenderse indefinidamente. Se trata de un horizonte abierto. A diferencia del fundamento el cual trata de una relación de determinación y delimitación. Esta es, tal vez, la apuesta del Análisis Político del Discurso, es decir, poder pensar fundamentos parciales que guíen nuestra vida en un horizonte de permanente construcción y deconstrucción de nuestros actos de sentido. Recuperar el horizonte de sentido de la modernidad sin caer en su determinación teleológica y recuperar la diferenciación posmoderna como ejercicio de totalización–destotalización de los actos de vida y del poder.

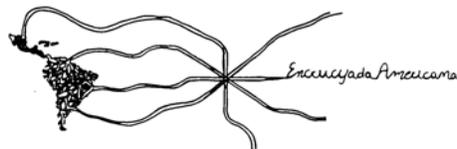
BIBLIOGRAFÍA

- Beck, U (1998) “La sociedad del riesgo”. En camino hacia otra sociedad moderna. Paidós, Barcelona.
- Bernstein, R. (1994) “Habermas y la modernidad”, Cátedra, Barcelona.
- Buenfil Burgos (1996) Rosa Nidia. “Imágenes de una trayectoria”. en Debates Políticos Contemporáneos, Editores P y V, México.
- Bürger, P (1981) “El significado de la vanguardia”, El viejo topo, n° 63, dic.
- Casullo, N; Foster, R. Kaufman, A. (1985) “Intinerarios de la modernidad:

Corrientes de Pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad”, EUDEBA, Buenos Aires.

- Casullo, N. (comp.) (1993) “El debate modernidad – posmodernidad, El cielo por asalto”, Buenos Aires.
- Culler, J. (1989) “Sobre la Deconstrucción”, Cátedra, Madrid.
- Derrida, J. (1979) “De la gramatología”, SXXI, México.
- Giddens, A. (1983) “La Teoría social, hoy”, Alianza, Barcelona.
- Giddens, A. y Lash, S. (1994) “Modernización reflexiva”. Alianza, Madrid.
- Habermas, J. (1984) “La modernidad un proyecto incompleto”, Revista Punto de Vista, N° 21, Buenos Aires.
- ----- (1985) “El discurso filosófico de la modernidad”. FCE, Madrid.
- ----- (1995) “Teoría de la acción comunicativa”, Tomo II, Taurus, Barcelona.
- Hohendhal, P.U. (1985). “La dialéctica revisitada”. Revista Crítica, N° 35.
- Hussein, A. (1997) “Guía del posmodernismo”, Revista Punto de vista N° 29, Buenos Aires, Abril.
- Jameson, F. (1996) “Teoría del Posmodernismo”, Trotta, Barcelona, 1996
- Jay, M. (1987) “Socialismo – fin de siglo”, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Laclau, E. (1996a) “Política y los límites de la modernidad”, en Debates políticos Contemporáneos. Editores P y V. México.
- ----- (1996b) “Poder y representación”. En Emancipación y diferencia, Ariel, Buenos Aires.
- Lash, S. (1990) “Sociología del posmodernismo”, Amorrortu, Buenos Aires.
- Lyotard, J. F. (1980) “La condición posmoderna”, Gedisa, Barcelona.
- ----- (1985) “Qué era la posmodernidad”, Revista española Quimera, n° 59.
- Mouffe, Chantal (1999a) “Democracia radical: ¿moderna o posmoderna?” y “La política y los límites del liberalismo” en El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical, Paidós, Buenos Aires.
- ----- (1999b) “El retorno de lo político”. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical. Buenos Aires, Paidós.
- ----- (2007) “En torno a lo político”, Paidós, Buenos Aires.
- Rorty, R. (1990) “El giro lingüístico”. Paidós, Barcelona.

- Valenzuela, G. (1980) “La ilustración en la filosofía latinoamericana”, Trillas, México.



Revista Encrucijada Americana. Año 4. N° 2. Primavera-Verano 2010-2011.

Universidad Alberto Hurtado

Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Cienfuegos 46 “A”, 2° Piso, Santiago, Chile. Teléfono (56-2) 889 7476.

Email: america@uahurtado.cl